

## Mi Jacinto Verdaguer

### RECUERDOS PERSONALES\*

Corría el año 1883, y tal prisa se daba, que mis veinte de entonces apenas si podían darle alcance para curiosar todo lo que llevaba en sus alforjas, sin duda muy importante. De bien diversos lados llegaban a mi espíritu voces que reclamaban mi atención, voces contradictorias, discordantes, que me empeñaba en armonizar sin conseguirlo. Hervía aún en mí una adolescencia que lo mismo se había encantado leyendo a Homero, a Virgilio y a Ovidio en el campo, a la sombra de un olivar centenario de mis antepasados, que en mi incipiente biblioteca de Barcelona saboreando a otros clásicos y a todos los poetas franceses o italianos que la última moda ponía en mis inquietas manos. Pero ante todo sentíame, como buen joven fogoso y soñador, muy revolucionario contra el ambiente, que juzgaba nefítico, de la época y del país en que me había tocado en suerte vivir. Dos años antes, en el centenario de Calderón celebrado por la Universidad y el Instituto de Segunda Enseñanza de Barcelona, bajo la presidencia del gran Milá y Fontanals, habíanse mezclado mi prosa con mis versos en los dos premios que obtuve, jalones que marcaron el camino de toda mi vida, y como en el certamen me ocurrió, versos y prosas andaban siempre revueltos en mis carpetas; mas estaban escritos en castellano, que por mi nacimiento, bien lejos de aquí, y por el de mi madre, era la lengua de mi hogar, aparte de ser la de mi educación. Quiso, sin embargo, lo que solemos llamar muy mal el azar, y no la Providencia, como debiéramos, que un día me encontrara yo con dos amigos de aficiones semejantes a las mías, aunque escribía el uno, y deseaba escribir el otro, en aquel catalán literario que estaba entonces aún en su inexperta infancia. Para aprenderlo mejor, acudíamos los tres a los payeses de distintas comarcas, que no siempre se avenían, además de estudiarlo en los libros. Y he aquí como yo, el menos indicado para ello, como no fuera por mi erudición campesina, mezclada con la ciudadana, halléme convertido, a los veinte años, en el director, por consenso de mis compañeros, de la revista catalana *L'Avens*<sup>1</sup>, fundada por Jaime Massó Torrents, y en la que nos prestaba valiosa ayuda Luis López Oms, poeta a quien una temprana muerte nos arrebató. Permittedme, señores, estos recuerdos no tan extemporáneos como acaso puedan parecer.

\* Conferencia leída por su autor en la sesión pública que la Real Academia de Buenas Letras celebró el 16 de mayo de 1945.

1. No se escribía aún el título con cedilla, como ocurrió después.

Pues bien: esa juvenil revista *L'Avens* fué la que me puso a mí en contacto con las principales figuras del renacimiento catalán de entonces, alguna de las cuales nos imprimió, por su carácter político, contrario a cierto sector, un sello de *réprobos* que algo me costó a mí quitarme de encima. En mi entusiasmo y petulancia juvenil, no me di yo bastante cuenta de ello, y, como director de la revista, que quise hacer lo más lujosa posible en aquellos tiempos, lo más moderna y abierta a todo el mundo, ocurrióseme, como admirador que era de Verdaguier, que su altísimo nombre y su amistad, su mismo carácter sacerdotal, podían dar gran lustre y respetabilidad a nuestras pobres páginas. No paré hasta hacerle una visita, y hablarle de todos los proyectos que llevaba *in mente*, y que, como tantas veces, no pasaron de la categoría de tales. Presentéme, pues, en el piso en que vivía el poeta, en la calle de la Canuda, número 14, y por cierto que recuerdo aún que aquel segundo o tercer piso, en mi impaciencia por llegar a él, parecióme estar muy cerca del cielo, que ya en vida se estaba ganando el poeta. Recibíome éste con la mayor amabilidad, mansedumbre y dulzura que había yo hallado en hombre alguno. Era alto, anguloso, de fuerte aspecto, de correctas facciones y marcados pómulos, suave y penetrante la mirada, y observé que, como *tic* especial, característico, tenía la costumbre de apoyar sus frases colocando suavemente la palma de la mano sobre el alzacuello, sobre todo cuando para dar las gracias por algún elogio mío decía modestamente: «Grans mercès!» Era la primera vez que oía yo substituir de ese modo aquel *gracias* que los barceloneses del *català que are's parla* usaban lo mismo hablando en catalán que en castellano, y que a mí me recordaba la expresión de agradecimiento de los italianos. En cambio, el «grans mercès» me traía a la memoria el *merci* de los franceses y el *¡merced!* o *¡muchas mercedes!* castellanos. Al fin, años después, el *mercès!* a secas quedó consagrado como la más purista forma catalana; pero el verdadero introductor había sido Verdaguier, como lo fué de tantas otras cosas.

Irreflexiblemente le hablé yo de toda clase de literatura, de la suya, que era buena, bonísima, y de la ajena, que, a veces, no lo era ya tanto. No sé cómo salieron a relucir, en rara mezcla con otros muchos que le fueron gratos, los nombres de Carducci y de Bartrina. Si aquél era el sabio autor de las *Odas bárbaras*, poesía de humanista, lo era también del harto ruidoso, soberbio e impío *Himno a Satanás*. Naturalmente, a la mera enunciación del título, frunció el entrecejo, como asustado con sobrada razón, el buen sacerdote, y tuvo para aquél justas palabras de *rèprobación*; pero al nombre de Bartrina, el destructor de toda forma poética castellana y el incrédulo, limitóse a sonreír con cierta caritativa *comiseración*, y supo quitarle toda importancia heterodoxa con estas palabras: «Sí, diu aquell gat d'en Bartrina...» Ello es que por mi misma ingenuidad, que tan bien se compadecía con la suya, y por alguna de mis imprudencias de muchacho aquejado de indigestión de lecturas, que mi edad podía hacer perdonable, simpatizamos el maestro y el aprendiz desde aquella primera visita, la cual se fué prolon-

gando con la lectura, en demanda de consejos, puramente, y no de aplauso, de unas pocas composiciones mías, indulgentemente calificadas por él de auténtica poesía, por cuyo camino podía llegar a crearne un nombre, y perdonad que inmodestamente repita aquí sus propias palabras. ¡Tan optimista y generoso se mostró! ¿Qué mayor elogio cabía en mí desear? Pues aun hubo más. Para corresponder al presente que yo le hacía de mi primer libro de versos publicado en castellano, tuvo la bondad, que agradecí en el alma, de dedicarme uno de aquellos retratos suyos con barretina que se han hecho famosos, y que conservo entre los más gratos recuerdos de mi vida literaria, además de dedicarme también, más adelante, «en penyora d'afecte», un ejemplar de los *Idilis y Cants místichs*, segunda edición, impresa en 1882. Yo no era entonces para él, en sus dedicatorias, más que «el jove poeta». La crítica, el segundo de mis dos ídolos, le interesaba menos, mucho menos que la Poesía, y comprendí que, en el fondo, no veía en aquella mucho más que algo que flotaba entre lo que solemos llamar el *palo* o el *bombo*.

Así conocí en los primeros vuelos de mi inquieta juventud, cuando generalmente no se piensa más que en divertirse uno, a Zorrilla, a Menéndez y Pelayo, a *Clarín*, a Armando Palacio Valdés, a Galdós, a Víctor Balaguer, a Guimerá, a Federico Soler, a Narciso Oller, a Apeles Mestres, tan excelente artista y poeta como amigo, y a otros que todos tienen estatua o son dignos de tenerla; pero jamás me vi tan cariñosa y caritativamente alentado como lo fui por aquel buen sacerdote que llevaba en el alma la bondad de Cristo. Sin duda la hallaron excesiva los compañeros que le rodeaban y que habían, andando el tiempo, de volverse contra él, y encontréme; inesperadamente, con que me declaraban la guerra, como a un enemigo, en alguno de los órganos de la prensa catalana que aspiraba a dominar la voluntad del poeta, consiguiéndolo no pocas veces. No cabía ya, claro está, la colaboración directa por mí soñada para la revista, y no vino; es decir, fracasé en esto; sin embargo, tan excepcional amigo habíame yo conquistado que, comprendiendo que nada había en mí de *réprobo*, y sí mucho de fogosa juventud inexperta, que deseaba *européizar* la literatura catalana encendiendo en ella la alta polémica de otras literaturas, no la baja, llegó a honrar la casa de mis padres visitándome también, aquella misma casa en que había vivido, o vivió después (no lo recuerdo bien), el que fué nuestro Secretario en la Academia, Miret y Sans. El típico salón isabelino de mis padres, cuidadosamente alfombrado y cerrado al vulgo y al sol intruso, como cosa fácilmente ajadiza, con sus recuerdos de «la Reina de las Antillas», bien conocida por Verdaguer, junto a los cuales se exhibía inmodestamente mi pobre corona de laurel, de plata (propia de la romántica época), ganada a fuerza de décimas calderonianas (que nunca más volví a imitar), en el certamen de que he hablado, todo esto parecíame aún poco para recibir al autor de la famosa *Atlántida*, que otros salones mejores había pisado y otras mejores coronas supo conquistarse.

Sca como fuere, además de eso, tuve el gran gusto, no mucho después,

porque yo había asentado la primera base de aquella amistad, de que entre los futuros editores de obras de Verdaguer figurara constantemente el modernista y ecléctico *Avenç*, cuando éste tuvo ya su concurrida librería, propiedad de Massó Torrents y de Casas Carbó. ¡Cuán lejos estábamos, por aquellas remotas fechas, Verdaguer y yo, de imaginar que llegaría un día en que este humilde aprendiz de escritor había de leer el sincero elogio académico del gran poeta, al ocupar, bien indignamente por cierto, y sólo por la benevolencia de mis compañeros, el sillón que yo consideraré siempre vacante, en que él había prestado esplendor a nuestra querida «Academia de Buenas Letras», como miembro honorario que fué!

Tras lo que llevo ya dicho, el oleaje de la vida apartóme de Barcelona para llevarme primero a Madrid y luego a Londres. Ya allí me esperaba Massó Torrents, una vez desaparecido aquel *Avens* que, más adelante, hizo él renacer de sus cenizas; pero aun en Madrid pude prestarle un servicio a Verdaguer, y en los famosos *Lunes del Imparcial* publiqué dos artículos encomiásticos a raíz de la aparición del *Canigó*, traduciendo al castellano algunos de sus mejores fragmentos. Todo ello lo recogí en mi libro titulado *A dos vientos*, publicado años más tarde, en 1892. Fué lo último que pude realizar antes de sumirme por completo en la vida de la nebulosa Albión. Perdí de vista a Verdaguer, y cuando regresé hecho un hombre nuevo, con deberes familiares y de toda clase, desde los de periodista hasta los de agricultor, encontréme un día con los rumores de la catástrofe que se había cernido sobre aquella frente del hombre feliz y bondadoso que yo conocí. Dijéronme que la anemia cerebral que había padecido en su juventud, y que se curó viajando por mar el poeta, en los barcos del Marqués de Comillas, habíase reproducido, metiendo al pobre sacerdote en un verdadero mare *mágnum* en que su misma reputación de hombre ejemplar peligraba. No creí nada de las murmuraciones que oí, excepto lo de que, sin duda, su misma ingenuidad y lo que en él había de santo y de mártir, poco práctico para andar sin tropiezo por el mundo aristocrático, le habrían hecho atascarse en algún mal paso, que otros, con más mundología y despreocupación, hubieran salvado sin dificultad mayor. Y así fué. Mas casualmente le vi un día, de lejos, cruzar a grandes pasos la Rambla de Cataluña, como huyendo de sus propios pensamientos. Pronto desapareció entre la muchedumbre. Llevaba el manto y el sombrero verdinegro y raídos, él tan correcto antes en su traje como en sus versos sin rípios. Fué para mí una tristísima, casi fantástica visión de las crueldades de la vida, de la ingratitud de los hombres. Supe después que, cansado de verse motejado de loco, había escrito al *Noticiero* y a *La Publicidad* unas cartas *En defensa propia*, que coleccionadas en un folleto publicó *L'Avenç*, pues, como veis, a cada paso nos lo encontramos cuando de Verdaguer se habla. También las imprimió, no sé si antes o después, *La Il·lustració Catalana*, entre las obras completas del poeta, en la edición popular. Pregunté si podría hacer algo por él, y me dijeron perso-

nas respetables que me abstuviese, por graves y harto complicadas razones que no son de este lugar. ¿No era raro el caso? ¿No parecía increíble?

Nueva ausencia mía de Barcelona, y en parte, también el muy desagradable, el vergonzoso giro que había tomado aquella tragedia<sup>2</sup>, mantuviéronme alejado del maestro y amigo, a quien rodeaban otros que podían servirle mejor que yo, y de alguno, tengo entendido que le sirvió realmente; pero aun pude volver a ser más o menos útil al poeta en la revista madrileña *La Lectura*, a la que presté, para que lo reprodujera, acompañando un artículo, aquel retrato con barretina que yo tenía; y leyendo sus *Flors del Calvari*, que es uno de sus libros que más me parecen colocarle dentro de nuestra poesía moderna, recibí la impresión de que me hallaba, positivamente, ante la obra de un santo y de un mártir, empapada de sentimiento cristiano, entre los justos gritos de dolor que la desdicha le arrancaba.

En suma: santidad, repito, y no anemia cerebral, creo yo que dirá imparcialmente la Historia que fué aquello, porque, de lo contrario, también fueran otros pobres enfermos, y nada más, tantos santos, mártires y sabios que en el mundo han sido, como el mismo Fray. Luis de León, condenado a cuatro años de encierro, y San Juan de la Cruz, encarcelado también y teniendo que huir por una ventana con peligro de su vida. Prescindamos de los irritantes errores de los hombres, y demos a cada uno el lugar que le corresponde cuando se trata de seres excepcionales, a quienes el mundo, al no entenderlos o no quererlos entender, califica de locos. ¿Qué otra cosa fueron, para muchos espíritus materialistas, los grandes místicos? Y por algo, si Verdaguer era el admirado autor de los *Idilis y Cants místichs*, también de los robustísimos poemas *L'Atlàntida* y *Canigó*. El recio campesino de firme voluntad, ya recobrada (quien sabe si, en parte, por ajena sugestión), había estado dormitando en el alma del santo, como una heroica mujer del pueblo castellano en la de Santa Teresa, a pesar de su ascendencia aristocrática. Y el campesino, y el poeta genial, de todos admirado, que defiende su buen nombre, fueron los que se negaron a obedecer fácilmente lo que se le mandaba y creía injusto, como yo creo que lo fué<sup>3</sup>. Cristo estaba por él muy por encima de las potestades de la tierra, y Cristo era el apoyo de aquel espíritu franciscano, de aquel rezagado en un mundo de gente práctica, que, por no serlo él y tener la ingenuidad de un niño, habíale privado de celebrar la misa, y le intimaba la reclusión en un asilo para sacerdotes, que él sabía perfectamente que era, también, en parte, un manicomio vergonzante en ciertos casos, horror de los horrores para quien seguía siendo capaz de escribir poesías líricas inmortales y algún poema, aun suponiendo, en el peor

2. Como vergonzosa, citaré sólo la *Vida íntima de Mossen Jacinto Verdaguer* por su sobrino el presbítero Juan Güell, cuya lectura indigna y asquea. En cambio, alma caritativa hubo que publicó anónimo un interesante folleto titulado *Verdaguer vindicado, por un catalán*, con prólogo de E. Marquina.

3. Verdaguer vió siempre no la orden espontánea de su prelado, sino la imposición, sobre éste ejercida, de un ofendido Mecenaz. Por eso dijo él que no quería prestar culto al becerro de oro.

de los casos, como tantas veces se ha visto, que los continuos disgustos, el trabajo intelectual incesante, los insomnios y ayunos, el hambre física y moral, hubieran hecho de él, transitoriamente, uno de tantísimos neurasténicos, a quienes la tranquilidad, la ausencia de toda exasperante, continua contradicción, el cariño y un régimen adecuado, hubiesen podido devolver una serenidad, una salud que él, por su parte, y también más de un médico, negaron siempre que se le hubiera alterado. ¿No se trató también de loco al Tasso, y a Colón, y a tantos otros, como aquel San Francisco de Asís que, por demente, apedrecaban los muchachos en las calles de su ciudad nativa? Toda la locura de nuestro gran poeta échase de ver que estribaba en haber cometido la imprudencia de predicar a quien parece que no lo necesitaba o no le era grato, poco menos que como lo hubiera hecho un Savonarola redivivo<sup>4</sup>; en creer que ni los hechos de los apóstoles ni las vidas de santos eran letra muerta, sino ejemplos vivos que invitaban a imitarlos; en practicar la caridad sin conocer el valor del dinero, hasta el punto de alarmar, bien tardíamente, a su Mecenas y llenarse él mismo de deudas. Pero pregunto yo ahora: ¿Cuándo los santos sirvieron para buenos y prácticos administradores del caudal ajeno, porque propio no lo tenían, o, de tenerlo, lo hubieran dado todo entero? ¿No podía preverse esto a tiempo, y marcar un prudente límite, en vez de echar en cara después lo mismo que se había consentido antes? La mejor prueba del desinterés de Verdaguer, de su desprecio de los bienes materiales, es que cuando el ministro Silvela ofreció reiteradamente una canonjía a nuestro presbítero, como premio debido a sus méritos y virtudes, éste no la aceptó, aunque agradeciendo el favor. No creo que haya habido muchos casos semejantes.

En fin, ello es que fué expulsado del cargo que ejercía el poeta y que no faltaba quien envidiara, no enriquecido como la vulgar maledicencia pudo suponer por un momento, sino cargado de deudas, como he dicho (y aquí más de un cervantista que me escucha pensará en otro inmortal desdichado: Cervantes, más querido cuanto menos afortunado); sufrió lo indecible, y mejor es no recordarlo ya, por vergonzoso; pero, al cabo, triunfó con un mero acto de humildad, que él era el primero en desear, gracias a la sabia y paternal intervención de los Padres Agustinos del Escorial, y también al pueblo, que se había puesto de su parte. Volvió a él la buena reputación que había perdido como hombre y como sacerdote, y levantóse la prohibición de decir misa, aquella misa que era su consuelo y su grato deber. La verdad se había abierto paso, no sin necesitar años, por entre las malezas de la calumnia, de la envidia, de los errores propios y más aún los ajenos; de la política rastrera, amiga del escándalo, alimento favorito de todos los chismosos mentideros, desde las ciudades hasta las aldeas. Pero, ¡ay!, poco pudo disfrutar de la bonanza después de la terrible

4. Era, precisamente, la época en que la anarquía había sembrado el terror en Barcelona, con el continuo estallido de bombas, entre las que halla la tristemente célebre del teatro del Liceo. Verdaguer veía sólo el remedio en la caridad a manos llenas de las clases pudientes, en el amor al prójimo.

tempestad. Enfermo ya mortalmente<sup>5</sup>, entregaba su alma al Creador en 1902, en la *Vila Joana* de Vallvidrera; aquel valle que se abre como una sonrisa entre barcelonesas montañas. Nunca entierro fué más concurrido que el suyo, como le correspondía. En la presidencia figuraban el ministro de Instrucción Pública Conde de Romanones; un purpurado ilustre, el cardenal Casañas; y el Alcalde de la ciudad condal. Alta, bien alta y erguida, como la de Colón, está, al fin, la estatua, de más o menos parecido, que Barcelona, la que él cantó en su magnífica y profética *Oda*, supo alzarle, haciéndole justicia. Ha resistido, como por milagro, todos los embates de bien revueltos e incrédulos tiempos, que hubieran podido destruirla. En la callada noche, fuera del tumulto diurno de la gran ciudad, quizá una misma brisa que besó la imagen del descubridor de América, acaricie también la de su poeta catalán, y en sus invisibles alas se transmitan los melancólicos diálogos de ambos espíritus señeros.

Mas no se crea que Verdaguer hubiera sido nunca, como quisieron algunos, un sacerdote rebelde que buscaba el escándalo como un apóstata; ni un soberbio incurable que se vanagloriara de él, como otros han hecho; ni un hombre a quien pesaran los hábitos que vestía. Todo lo contrario: si hubo momentos, bien humanos ciertamente, en que pareció el ciervo acorralado por una jauría, que, en su terror, se lanza él mismo contra el peligro, su espíritu fluctuante buscaba el consuelo a solas con su amada Poesía, y lamentábase entonces, como ante un confesor, de lo mismo que se había creído obligado a hacer para sostener su buen nombre. Retirado, por obediencia, en el Santuario de la Gleba en 1894, primero por dos meses, como se le había dicho, y luego hasta cumplirse los dos años, veíase a sí mismo, ya entonces, en los comienzos de su tragedia, convicto de rebeldía contra su superior eclesiástico; de los pecados de escándalo público y de orgullo, por no haberse dejado pisotear sin protesta por sus enemigos, y escribía con santa, con casi infantil modestia y remordimiento, su obrita *Veus del Bon Pastor*, en la que se leen poesías como las tituladas *Escàndol* y *Contrició*, con fragmentos como el siguiente, en la primera:

Contra Déu fer bàndol  
horrible pecat!  
;Ai, pecat d'escàndol  
quants n'has condemnat!  
Reclam de l'infèrn  
l'escandalós és,  
que guia als demés  
al turment etern.  
Deixa el seu govern  
si vols ser salvat.

5. De tuberculosis.

Y en la segunda este acto de contrición:

Mes culpas passades  
ja vull confessar.  
*Morir mil vegades*  
*abans que pecar.*  
Si molt vos he ofès,  
Jesús, molt me pesa;  
sí em dau fortalesa,  
no hi tornaré més;  
assots y llançades  
no us vull ja donar.  
Fugint del ramat  
ovella perduda,  
és una caiguda  
cada pas que he dat.  
Ab plors mes petjades  
voldria esborrar.  
Pecant he caigut  
esclau del dimoni,  
l'hermós patrimoni  
del cel m'he venut.  
Jesús, mes errades  
vullau perdonar.

.....  
Per ser l'arbre gran  
enfonsa l'arrel,  
així cap al cel  
s'hi puja baixant.  
Del cel ets la via  
santa humilitat.  
Si fama o talent  
te donen inflor,  
¿ab càrrega d'or  
val més un jument?  
Torna ab alegria  
lo que Déu t'ha dat.  
Jesucrist va ser  
lo primer humil;  
Llucifer lo vil,  
l'orgullós primer.  
Ab sa rebeldia,  
mes ai! què ha guanyat?

¡He aquí el gran pecador de los murmuradores, el poeta verdaderamente franciscano que de lo único que tenía que confesarse, en un acto de contrición, era de no haber sido siempre tan humilde como un santo! Quien de ese pecado esté exento en absoluto, quien no haya cometido errores, ni por pura bondad y lástima al prójimo se haya visto engañado algún día, que le tire la primera piedra. Por mi parte, nunca hablé de él más que en son de elogio o para compadecerle, coronado de espinas.

Dejando ya ese Jacinto Verdaguer de mis recuerdos personales, no tan numerosos y amenos como yo hubiera deseado ofrecérselos ahora, porque hasta por respeto no me entrometí tanto como otros en la intimidad de su vida privada, permitidme que, más o menos ligeramente también, para no cansar demasiado vuestra atención y porque estas cuartillas que os estoy leyendo no son más que una humilde charla y no ningún profundo estudio, os hable de *mi Jacinto Verdaguer* en el aspecto crítico. Claro que para mí, como para todo el mundo, es él, por encima del resto de su obra total, el recio y magno autor de *L'Atlàntida* y del *Canigó*, a quien tantas veces he ensalzado; pero ¿no os ha ocurrido nunca, leyendo a los grandes épicos o a los clásicos dramaturgos, que sus obras menores, sus poesías líricas, sus episodios de este carácter, o simplemente *su honda expresión del sentimiento de la Naturaleza*, os atrajeran de un modo especial, superior a la atracción de conjunto que en vosotros pudieran ejercer aquellos grandes lienzos suyos que para exhibirse dijérase que necesitan paredes enteras de grandes salas? ¿No sabéis tan bien como yo que hay simples pinceladas o simples sollozos que son eternos? Pues éste, en lo más íntimo de mi alma, es *mi Verdaguer*, el mejor cantor de la Naturaleza en una Poesía que, como la española, tan pocas veces demuestra conocerla a fondo y apreciar debidamente, como ocurre en países extranjeros, a quienes la conocen y cultivan; el dotado de una sensibilidad y ternura casi femeninas, cuyas rivales sólo acierto yo a hallar en la literatura gallega; el autor de baladas que nos traen como un hálito del Norte europeo, entibiado y españolizado por el sol del Mediodía; el místico, digno heredero de los castellanos, cuya inspiración le sirve de modelo desde su juventud, aunque mezclado, como es natural, con otros que no son españoles; el popular poeta del Montserrat y de su Virgen; el autor del poemita lírico *Sant Francesch*; el traductor del *Cantar de los Cantares* y el de *Los Jardins de Salomé*, comentados en su siempre magistral prosa; el que escribió las *Perlas del llibre d'Amich e d'Amat*, de Ramón Llull, y libros como *Al cel*, especie de testamento literario de un místico que se siente morir, es decir, entrar, por fin, en la vida eterna; el autor de aquellas *Flors de Maria*, que son una de tantas maravillas en que nos asombra con sus conocimientos de Botánica popular y de la científica, como en *Folklore*, con los de Ornitología, y aun me quedo corto en los que cito. Verdaguer mira a la tierra como verdadero hijo suyo que la ha cultivado y sabe hacerla producir, ya empuñando el azadón, ya la manquera del arado; no pisa, por necesidad,

donde no hay camino, una hierba cuyo nombre no sepa y recuerde amorosamente; no desvía el paso, para no aplastar una florecilla silvestre, sin saber cómo se llama ésta y acaso cuáles son sus propiedades terapéuticas; no ve un pajarillo, un pez de nuestros ríos, un insecto o un gusano, que no conozca desde la niñez y no interrogue como a criaturas hermanas suyas; no mira a una montaña cuyos secretos misterios le sean indiferentes, y que no le parezca un potente suspiro del mundo para acercarse a Dios; no eleva sus ojos al cielo sin saber el nombre, popular o científico; de los luceros que lo esmaltan; no ve en la contemplación del infinito ningún caos, sino la clara luz de un Creador omnipotente con el cual habla de los milagros de la tierra, y del más allá, que no es la limitada y mezquina vida mortal, sino la eterna sin límites y esplendorosa. Por todo eso, no es Verdagner el poeta ciudadano que se reintegra a la madre Naturaleza, sino que es ésta la que se ha entregado toda entera a su hijo campesino para que sea su cantor favorito. Y lo es, ya directa, ya indirectamente, lo mismo cuando es épico que cuando lírico, cuando legendario, o cuando poeta íntimo. Para acertar con el tono que llega al corazón por los más sencillos medios, cuenta con una gran maestra: la poesía popular, la gran regeneradora de todas las anquilosadas poéticas de bufete. Por eso sus cantos, que salen del pueblo, al pueblo vuelven y se eternizan en su regazo inmensurable.

Pero ¿queréis oírle pulsando otra cuerda, la de la poesía de la Naturaleza ensalzada con grandilocuencia? Oídle, traducido su himno en castellana prosa: «El Canigó es una magnolia inmensa abierta sobre un retoño del Pirineo; tiene por abejas que la rodean a las hadas, por mariposas los cisnes y las águilas. Escarpadas sierras que platea el invierno y dora el estío forman su cáliz, vaso grandioso en que bebe olores la estrella, frescor el aire y las nubes agua. Sus estambres son los bosques de pinos, sus gotas de rocío las lagunas y su pistilo ese áureo palacio, sueño de hada descendida del cielo. (*Habla del de una hada, precisamente.*) Frente al palacio se extiende una isla siempre verde, ramillete de flores en un florero de plata, oasis bello que sueña el beduino vagando por el mar de arena del Sahara. Préstale sombra lustrosos abedules, hayas y abetos, alfómbrenle el perifollo y la genciana, y las rosas alpinas muestran allí, entre líquenes, sus mejillas sonrosadas. Como puente de flores que une a la tierra con la isla, hay un verde y rústico paso en mitad del lago, como en el cielo la vía láctea.»

Como habréis notado, la amplificación, la hipérbole, son la base de esta clase de poesía que podríamos llamar romántica, a lo Víctor Hugo, y es que en Verdagner no hay una sola personalidad marcada, bien definida, sino muchas, desde la griega a la romántica (en que alguna vez se me ocurre compararlo con Zorrilla, su amigo, a quien él colocaba en altísimo lugar), y de ésta a la mística y a la popular; pero como subterránea corriente, hay una lenta evolución hacia la poesía moderna, con sus poemas

cíclicos o líricos, por ejemplo, a la que yo me daría por contentísimo si en algo hubiera contribuido con mis predicaciones, y que le coloca entre los que la han traído a España; mas, eso sí, sin exageraciones de mal gusto, que en él no cabían, y sin levantar bandera de combate, convencido de que el mejor sermón es el que demuestra el movimiento andando. Éste es, señores, mi predilecto Jacinto Verdaguer, el que yo deseé desde mi lejana juventud, el que le libraré de toda nota de anticuado que se intentara ponerle, el que me decía muy humildemente, como habría dicho a otros, sin duda: «Me han aconsejado que lea a tal autor.» Y él leyó mucho, muchísimo que le convenía conocer, no como erudito, sino como escritor con carácter propio, que no estaba dispuesto a renunciar por caprichos de la moda: porque esto es, señores, en definitiva, un gran poeta como Verdaguer: un hombre que ignora lo que tantísimos saben, y sabe o adivina lo que tantísimos ignoran. Muchos somos los ilusos que vemos con gusto que alguien nos lo enseñe en armoniosa, inesperada forma, que nos descifre, entre tantas cosas que parecen inútiles, el himno a Dios, y a la vida de que le son deudores, que elevan los pájaros, alegre y descuidadamente, «en su cantar sabroso, no aprendido», como dijo el maestro de maestros Fray Luis de León.

RAMÓN D. PERÉS